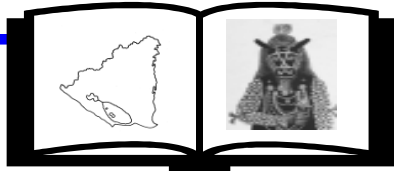




Rubén Darío



Sección Literaria



Salomón de la Selva

LA MUERTE DE RUBÉN DARÍO

CONTINUACION...

15. OBISPO DE LEON, MONSEÑOR SIMEON PEREIRA Y CASTELLON QUIEN OFICIÓ LOS ACTOS RELIGIOSOS EN LA CATEDRAL DE LEON EN FEBRERO DE 1916.

16. Rubén percibe personas invisibles que entran y salen, y habla de ellas como de seres reales. De pronto dice: "Procura que no vuelva a entrar en mi cuarto el viejo que acaba de salir", dice a doña Rosario. "¿Qué viejo es éste? Yo no he visto a ninguno", responde su esposa. "El viejo airado y calvo, de ojos brillantes, que ha estado sentado a la orilla de mi cama. Me agravia, me daña su gesto", agrega. En otra ocasión insiste en sus visiones: "Acabo de ver a una hermosa persona, apuesta y noble. ¡Qué semblante! ¡Qué dulzura de alma! Es la tía Bernarda, la que he reconocido por madre, gentil y buena. ¡Qué suavidad inefable viene de ella! Bien, tres bien, ma chérie". Aquí lo dice en francés evocando a Francia. Y de nuevo insiste y vuelve a la carga: "Echa afuera a esa vieja de ojos torvos y horrosos. Tiene andar de alimaña y se goza con mi amargura. Me es conocido su semblante pero he olvidado su nombre. Que no vuelva a entrar. Dile al portero que no se lo permita. Es bruja o Euménide. Duele su mirada como la de las satanasas de Dante. ¡Horrible mujer! Une maudite, peur etre! Al irse, me miraba siempre. ¡Qué miradas! ¡Une maudite!. Aquí vuelve a usar vocablos en francés. En situación tan grave, los médicos responsables del tratamiento, Debayle y Lara, resuelven extraerle pus, que según ellos, tiene en el hígado.

El doctor Juan Bautista Sacasa y otros opinan de manera contraria. Rubén opina y dice que el hígado esta bueno y se hace presión con la mano para probar que

no le duele, que, en cambio, en el bajo vientre el dolor es intenso. El doctor Lara marca con un lápiz el lugar donde debe hacerse una punción y extraer el pus. Debayle empuña con mano segura el trócar y lo introduce en el sitio marcado. El doctor Sacasa, que

rencia de sus amigos que ven acercarse el fin del sufrimiento de Rubén. En efecto, el doctor Antonio Medrano, abogado leonés y poeta también, recoge la última voluntad del ilustre enfermo, que declara dejar un hijo de nueve años de edad y de nom-



Rubén Darío en su lecho de enfermo y muerte. Dibujo de Octavio Torrealba, hecho en los últimos momentos de vida del poeta El Cristo de marfil que tiene Darío en sus manos es el que le regaló el poeta Don Amado Nervo.

ha tenido opinión contraria, le pide que tire del émbolo para comprobar la existencia de pus. Así lo hace Debayle, y la opinión del primero queda confirmada: no hay pus. El doctor Debayle insiste y afirma que pus existe en otro sitio del hígado que también ha sido marcado, y ahí es introducido nuevamente el instrumento. El resultado es el mismo, y el enfermo se desmaya, en términos médicos, esto es una lipotimia, y recupera el conocimiento nuevamente.

17. De alguna manera el público se ha enterado del fracaso de las punciones practicadas por las eminencias médicas, y que a esos infortunados pinchazos ha seguido el empeoramiento de la enfermedad. Una onda de murmuraciones recorre el país, el enojo ha llegado en algunos círculos hasta la indignación. Los comentarios desfavorables se confirman al saberse que el poeta ha hecho su testamento por suge-

bre Rubén Darío Sánchez, como heredero de sus obras literarias y la propiedad de la casa que posee en León, como herencia de su tía abuela materna. Doña Bernarda Sarmiento de Ramírez. Para este acto se desalojó del cuarto a todas las personas que se creyó conveniente, especialmente a doña Rosario, y se olvidaron de un humilde muchacho, sirviente de la casa. Había terminado el abogado su trabajo cuando el doctor Debayle advirtió la presencia de ese muchacho, y temiendo alguna indiscreción con doña Rosario, lo llama y lo conmina así: "Jure que no dirá usted nada de lo que ha visto". Como el muchacho se queda perplejo y no contesta, Rubén se incorpora disgustado y le dice: "¡Jure, jodido!" El muchacho hace la señal de la cruz con su índice y pulgar, diciendo: "Si, juro, don Rubén". Bajo la acción de los calmantes que le administran, logra quedarse dormido. Una

hermana, Francisca Zapata, hija de Manuel García, padre de Rubén, está a su lado cada noche vigilando su sueño. Ella no sabe otra cosa que ese hombre moribundo es su hermano, hijo de su mismo padre, de quien no le queda recuerda alguno por haber muerto cuando ella era una niña. A ella le asignado la tarea más agotadora, que ha sido la de velar noche a noche y de sol a sol. Un susto recibe la hermana al despertar Rubén sobresaltado, e inmediatamente avisa a las señoras, que se acercan a ver qué pasa. Al verlas, Rubén exclama: "¡Qué horror! ¡Mi cuerpo destrozado!" "¿Qué te pasa, qué sientes Rubén?" le preguntan. "He visto que descuartizaban mi cuerpo y que se disputaban mis vísceras. Si, si, así como lo, oyen, se disputaban mis vísceras".

18. Las señoras tratan de calmarlo, diciéndole que es una pesadilla que ha tenido por el estado de sus nervios, pero que no es nada, que se calme y duerma. La información diaria de la prensa con noticias que hacen temer el último trance en un momento que está muy cercano, tiene los ánimos con anticipos de consternación. Un fenómeno sideral viene a consternarlos mas con las creencias que siempre han existido de que algo grave va a ocurrir. Ocurre un eclipse solar el 3 de febrero, y la gente lo asocia inmediatamente a la muerte del poeta, como si fuese un duelo del cosmos; los literatos, en efecto, lo aprovechan como inspiración en sus metáforas. Pero al amanecer del 5 de febrero el paciente ha pronunciado sus últimas palabras y ha entrado en el período de la agonía que dura todo el siguiente día. El cuerpo yace inmóvil arropado con blancas sábanas de lino, la cabeza descansa en las almohadas, los ojos entornados y la boca entreabierta. El rostro se ha vuelto más pálido, y como signos de vida sólo muestra el ritmo respiratorio. El Cristo de marfil que le obsequiara el poeta Amado Nervo en París, está contra su pecho. Su reloj marca "Ingersol" marcan los minutos fatales, y cuando éste señala las diez de la noche y quince minutos, el organismo de Rubén exhala su último suspiro, pasando a la inmortalidad. Día domingo La

muerte del poeta trasciende más allá del dintel de la habitación de la familia doliente. En León, por el llanto de la viuda y de muchas otras señoras, la gente que está en la calle se da cuenta de que Rubén Darío ha muerto, y se trasmite a la población la triste noticia, que como un conjuro despierta a todos. El toque de las campanas es el parte oficial de la Iglesia para la feligresía, y los 21 cañonazos de la fortaleza El Fortín de Acosasco es el homenaje oficial del Estado. El joven artista Alejandro Torrealba rompe la cuerda del reloj "Ingersol" que queda para siempre marcando las diez y quince minutos de la noche, y su hermano Octavio copia con su lápiz la efigie del moribundo. Otro artista, José López, imprime la mascarilla en yeso. Poeta Amado Nervo Reloj "Ingersol" que Rubén compró en Europa.

19. Durante cinco horas las cuchillas de los cirujanos van y vienen de una a otra parte del tórax durante la práctica de la autopsia. Extraen el hígado, víctima del alcohol, que se ha vengado en la vida del poeta. Su aspecto es blanquecino y su consistencia dura. Extraen el corazón, que muestra grasa. Los pulmones se ven sanos. Extraen los heroicos riñones que eliminaron alcohol por más de treinta años. Según escritores de la época, don Rubén ingería licor desde muy temprana edad. Al día siguiente, antes de que llegue el alba, el doctor Debayle practica de nuevo su oficio, ahora con una sierra penetra en la bóveda craneal, hasta dejar a la vista el voluminoso cerebro con sus profundas cisuras y sus pronunciadas circunvoluciones. Extraído, muestra la tercera circunvolución frontal izquierda con un notable desarrollo. Y aquí comienza a convertirse en realidad lo que profetizó Rubén Darío en su sueño. "Aquí está el depósito sagrado, aquí está", dice el doctor Debayle, y con emoción sostiene entre sus manos el augusto cerebro. Lo deposita en un recipiente con formalina y lo entrega a don Andrés Murillo, el fatídico cuñado de Rubén. Debayle termina su labor reincorporando el hemisferio óseo al cráneo, el cual queda aparentemente íntegro. El cerebro normal de un adulto pesa de 1300 a 1400 gramos. El de Darío pesó 1850 gramos. Y la circunvolución de Broca estaba bien desarrollada. Circunvolución de Broca.